

Roberto Retamoso

Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario

Oliverio Girondo, nacionalista

Este trabajo se propone analizar la incidencia del discurso nacionalista en la configuración de la literatura de Oliverio Girondo. En función de ello, se relevan las manifestaciones de dicho discurso tanto en los textos publicados en la revista *Martín Fierro* a lo largo de los años veinte, como en dos libros editados entre los años treinta y cuarenta, *Interlunio* y *Campo Nuestro*.

La hipótesis que guía el trabajo sostiene que este aspecto de la literatura de Girondo ha sido obliterado por aquellas interpretaciones que enfatizan su carácter liberal y vanguardista.

The aim of the present work is to analyze the influence of the nationalist discourse in the configuration of Oliverio Girondo's literature. In relation to that, the manifestations of the mentioned discourse are revealed in the texts published during the 20's in the Martín Fierro Magazine, as long as in the two books published between the 30's and the 40's: Interlunio and Campo Nuestro.

The hypothesis that guides this work sustain that this aspect of the literature of Girondo has been obliterated for those interpretations that emphasize its liberal and vanguardist character

La literatura de Oliverio Girondo, lo que se llamaría su obra, se caracteriza tanto por su voluminosidad escasa como por su heterogeneidad. Dentro de sus límites acotados –se trata tan sólo de seis libros de poesía, ninguno de ellos demasiado extenso, un texto narrativo y varios ensayos y artículos críticos– se reconocen diversas orientaciones poéticas, como asimismo la asunción de distintos formatos y lenguajes genéricos e incluso manifestaciones disímiles de lo que podría entenderse como la cosmovisión que sostiene (o es sostenida por) su escritura. Así, desde el punto de vista de la *poética* que sus textos actualizan, puede decirse que algunos de esos libros, como *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, *Calcomanías* o *Espantapájaros*, se inscriben claramente en el campo de una poética de vanguardia, mientras que otros, como *Persuasión de los días* o *Campo Nuestro*, se basan en los fundamentos de una poética tradicional. El último libro de Girondo, *En la masedula*, participa a su vez tardíamente de la perspectiva de una poética vanguardista, no obstante lo cual es atravesado por formas y pulsiones textuales que lo vinculan con las tradiciones más preclaras de la poesía escrita en lengua española.

De igual modo, debe señalarse la diversidad genérica que esa literatura implica, puesto que si bien generalmente se manifiesta a través del género poético, en ocasiones lo hace por medio del ensayo, o incluso del género narrativo, tal como lo revela la escritura de su cuarto libro, *Interlunio*, compuesto según las convenciones que rigen la escritura de un relato en prosa. En tal sentido, podría decirse que la escritura de Girondo parece estar experimentando constantemente formas y lenguajes diversos, en una especie de búsqueda que ni siquiera se cristaliza con la entrega del último libro, dado que su texto es modificado en cada una de sus ediciones, a lo largo de un proceso que sólo la muerte del autor pudo detener.

En ese contexto de *devenir textual* de la literatura de Oliverio Girondo, las diversas instancias de su manifestación modulan lo que podría llamarse la *visión del mundo* que en ese movimiento se revela. Visión que, lógicamente, se exhibe siempre mediada por las figuraciones poéticas donde se inscribe, pero que es legible en todos y cada uno de los textos de su autor. Esa visión, como es obvio, supone una perspectiva de carácter social, constituida por un conglomerado de discursos y enunciados donde se labra la trama simbólica que informa sus manifestaciones singulares.

Dentro de ese conglomerado, uno de los discursos que incide de manera significativa en la configuración de la escritura de Girondo es el discurso del nacionalismo, tanto a nivel de sus sentidos explícitos como implícitos. Lógicamente que no es el único en hacerlo, pero es el que nos interesa comentar en esta ocasión, teniendo en cuenta que probablemente sea una de las vertientes menos atendida por la crítica en el estudio de la configuración textual de la literatura girondina. Al respecto, señalemos que sería imposible, por razones de espacio, analizar en profundidad las fuentes o las matrices ideológicas a las que

remite el discurso del nacionalismo en Gironde; pero de todos modos, y con el fin de situar mínimamente su consideración, debería señalarse en principio que ese discurso no resulta incompatible respecto de las tradiciones liberales y republicanas heredadas de los hombres del 80, ya que no se trata de un nacionalismo conservador y autoritario, al estilo de otras manifestaciones nacionalistas propias de la época. Al mismo tiempo, también debería decirse que, en la literatura de Gironde, el nacionalismo reconoce incluso manifestaciones diversas, en consonancia con las distintas circunstancias políticas, sociales y económicas donde halló los contextos particulares para su formulación.

Así, en los años veinte el nacionalismo de Oliverio Gironde encuentra el espacio más propicio para expresarse en las páginas de la revista *Martín Fierro*, de la que fuera uno de sus principales animadores. Porque más allá de su protagonismo personal en la realización de los cuarenta y cinco números de la revista, publicados entre febrero de 1924 y noviembre de 1927, y que fuera debidamente consignado por el anecdotario convencional, existe un *protagonismo textual* de Oliverio Gironde en esa segunda etapa de la revista, signado, más que por la amplitud, por la intensidad y la significación de sus intervenciones. Obviamente, esa intensidad y esa significación se compadecen con lo que podría llamarse el *espíritu* de *Martín Fierro*, caracterizado por su sentido de actualización y modernización literaria y cultural, que no descuida el problema de sus vínculos con cierta tradición criolla de la que toma incluso su nombre.

En ese marco, la escritura de Oliverio Gironde prueba diversos formatos genéricos o textuales, ya que a la forma obvia del poema se le suman, sobre todo a lo largo de los dos primeros años, otras formas como la de la epístola que devendría en prólogo, la del manifiesto y la de un “género” absolutamente novedoso, a horcajadas entre la crítica y la poesía –o entre la lectura y la escritura– cuyas manifestaciones son designadas como *membretes* por su autor. Se trata de textos que se distinguen tanto por su brevedad como por su humorismo, dado que consisten en enunciados de escasa amplitud –normalmente constan de una o dos frases desplegadas a lo largo de dos o tres líneas– que registran, de manera jocosa, ciertos rasgos característicos de las personas por ellos aludidas. Desde ese punto de vista, los *membretes* guardan cierta familiaridad con la caricatura, ya que comparten con ella la propiedad de destacar, por medio de la hipérbole expresionista, las notas esenciales que definen al objeto representado. Por tal razón, los *membretes* se construyen necesariamente alrededor de un nombre propio, en la medida en que la singularidad involucrada por tales nombres es lo que habitualmente motiva el boceto humorístico con que se representa a sus portadores.

Así, los *membretes* que ya aparecen en el número uno de *Martín Fierro* refieren a Velásquez, D’Anuzzio, Azorín, Cezanne, Nietzsche, Rabelais, Hugo, Pío Baroja o Barrés. La heterogénea serie permite reconocer, de inmediato, la amplitud de la mirada de Gironde, tanto a nivel diacrónico como sincrónico, y su

perspectiva de alcance cosmopolita. No obstante ello, esa mirada se revela siempre como una mirada *situada*, que asume su pertenencia a la tradición de la cultura europea desde una posición inequívocamente argentina y latinoamericana. En tal sentido, el número treinta y cuatro de *Martín Fierro* exhibe un membrete que condensa cabalmente esa perspectiva, al decir: *Describir Cochinchina y que el poema tenga un sabor, inconfundible, a carbonada*.

Puede afirmarse, en consecuencia, que en esta clase de enunciados se revela la perspectiva ideológica, política y cultural del *criollismo* que sustentan quienes producen la revista, como es, por ejemplo, el caso de Jorge Luis Borges. Como es sabido, el criollismo martinfierrista pretendía exhumar un auténtico *idioma de los argentinos* de la tradición verbal acuñada por sus mayores a lo largo del siglo XIX, a la que diferenciaba, en términos de Borges, tanto del lenguaje artificioso de la literatura gauchesca como del lenguaje hispánico de localización peninsular.

De esa pretensión también participó, de manera notoria, Oliverio Girondo, tal como lo atestiguan no sólo sus membretes sino también los textos programáticos que escribiera en *Martín Fierro*. Tales textos son, básicamente, la “Carta abierta a ‘La Púa’”, publicada en el número dos de la revista a modo de presentación de un conjunto de poemas pertenecientes a su libro *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (que había sido editado en 1922) y que serviría como prólogo para las ediciones sucesivas del libro; el Manifiesto de *Martín Fierro*, publicado en el número cuatro; y la respuesta a la encuesta realizada por Martín Fierro en su número cinco / seis acerca de la existencia de una sensibilidad y de una mentalidad argentina.

Así, la “Carta abierta a ‘La Púa’” utiliza retóricamente las palabras atribuidas a un amigo para justificar la publicación de ese libro primerizo:

Hasta que uno contesta a la insinuación de algún amigo: “¿Para qué publicar? Ustedes no lo necesitan para estimarme, por lo demás...”, pero como el amigo resulta ser apocalíptico e inexorable, nos replica: “Porque es necesario declararle como tú le has declarado la guerra a la levita, que en nuestro país lleva a todas partes; a la levita con que se escribe en España, cuando no se escribe de golilla, de sotana o en mangas de camisa. Porque es imprescindible tener fe, como tú la tienes, en nuestra fonética, desde que fuimos nosotros, los americanos, quienes hemos oxigenado el castellano, haciéndolo un idioma respirable, un idioma que puede usarse cotidianamente y escribirse de ‘americana’, con la ‘americana’ nuestra de todos los días...”.

La cita expone, de modo transparente, los supuestos sobre los que se asienta el programa vanguardista de Girondo: porque si por una parte se trata de cortar amarras respecto de la tradición, y de la tradición hispánica en particular, por

otra se trata de tener fe en nuestra fonética, es decir, en la manera singular en que la lengua española es modulada en el ámbito territorial y cultural del Río de la Plata. Se trata, literalmente, de hablar en argentino, o más precisamente, de hablar en la lengua o *con la lengua* criolla de los argentinos. Porque el criollismo como perspectiva, de hecho, puede superar la dimensión estricta de lo local, para proyectarse como fenómeno cultural por el espacio todo de América. Es por esa razón que el Manifiesto de *Martín Fierro*, redactado también por Oliverio Gironde, puede sostener enunciados como éste:

'Martín Fierro' cree en la importancia del aporte intelectual de América, previo tijejetazo a todo cordón umbilical. Acentuar y generalizar, a las demás manifestaciones intelectuales, el movimiento de independencia iniciado, en el idioma, por Rubén Darío, no significa, empero, que habremos de renunciar, ni mucho menos, finjamos desconocer que todas las mañanas nos servimos de un dentífrico sueco, de unas toallas de Francia y de un jabón inglés.

'Martín Fierro' tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación.

La cita permite reconocer, de modo transparente, el perspectivismo cultural y lingüístico de Gironde quien, lejos de encerrarse en un nacionalismo rígidamente refractario respecto del mundo contemporáneo, asume su posicionamiento local sin desconocer los vínculos que lo ligan, inexorablemente, con ese mundo. Según el manifiesto de cuño girondeño no se trata de renunciar, ni mucho menos fingir desconocer que todos los días nos servimos, para la satisfacción de nuestras necesidades cotidianas, de productos de origen foráneo; pero ello no implica en absoluto perder la fe en nuestra fonética, nuestra visión, nuestro oído e incluso nuestra capacidad digestiva y de asimilación. Porque para Oliverio Gironde se trata, puntualmente, de rescatar una cierta *idiosincrasia* del hombre argentino, que es tan intrasferible como natural, y por ello innecesaria de pruebas o demostraciones. Por ello, frente a las preguntas formuladas por *Martín Fierro* en su encuesta publicada en el número cinco / seis de mayo / junio de 1924, que interrogan: 1° ¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad argentina?, 2° En caso afirmativo ¿cuáles son sus características?, Gironde responde diciendo: “Permítasenos, por consiguiente, humanizar la segunda pregunta hasta dejarle la amplitud necesaria como para no vernos obligados a contestarla”. A continuación de lo cual reformula la pregunta, escribiendo entonces: “Si cree usted en la existencia de una mentalidad y de una sensibilidad argentinas, ¿se animaría usted a definir alguna de sus características?”

La respuesta que da a semejante pregunta no puede menos que transcribirse literalmente:

Las obras, los hechos y la vida de Sarmiento, Hernández, Cambaceres, Wilde, Güemes, Roca... están allí para contestar; como estarían las nuestras –las obras de los mejores entre nosotros– sin que necesiten proponérselo, sin que tengan, siquiera, mayor conciencia de ello. No caigamos, pues, en la tentación, a la vez, ingenua y pedantesca, de intentar clasificaciones cuyo dogmatismo tan sólo sienta bien a la dogmática estupidez de los profesores. Los martinfierristas aman y respetan la vida y, por consiguiente, saben perfectamente bien que el único medio de que disponemos para captar –aunque sea fragmentariamente– ciertos aspectos de la realidad, es la intuición; intuición que sólo se logrará comunicar valiéndose de obras que la tengan por base.

Las características de una mentalidad no dependen, por otra parte, de que alguien las concrete y las especifique: así como el hipopótamo no necesita imprescindiblemente para vivir que se le describa en los tratados de zoología.

En el fondo de esta cuestión, por lo demás, existe un asunto previo personal, al que uno tiene que responder personalmente.

Yo creo en nuestra idiosincrasia, porque creo en eso que llamo mi existencia y no necesito de ningún esfuerzo intelectual para constatar sus manifestaciones, que se evidencian, al menos para mí, hasta en el gesto con que me desabrocho los botines.

De modo que la existencia de una idiosincrasia propia del hombre argentino es, para Girondo, una suerte de evidencia natural, a la que se accede de manera simplemente intuitiva, sin que sea necesario formular ninguna clase de discurso taxonómico para tornarla visible. Pero lo notable de estas manifestaciones del nacionalismo en la literatura de Oliverio Girondo es su carácter humorístico y festivo, que se corresponde con la tonalidad dominante en sus primeros libros, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y *Calcomanías*. En tal sentido, y tratando de evitar cualquier clase de reduccionismo de carácter historicista, debe consignarse que las manifestaciones nacionalistas en la literatura de Girondo cambiarán su tono hacia fines de los años treinta y comienzos de los cuarenta, como si las nuevas circunstancias políticas, sociales y económicas con que esa literatura debe enfrentarse, tanto a escala local como mundial, no pudieran menos que afectar las formas y modos de su enunciación.

Por tal razón, un texto como *Interlunio*, publicado en 1937, participa todavía de una mirada paródica y sarcástica, con la que se aborda de manera expresa *la cuestión de lo europeo en su relación con lo nacional*. En función de ello, la escritura de Girondo urde un relato, cuyo texto introduce un personaje anónimo, del que solamente se sabe que proviene de Europa. Ese relato exhibe un narrador que participa de la historia narrada, por lo que al reproducir los diálogos

que mantiene con el personaje recrea la visión que tenía ese hombre europeo de la Argentina. De ese modo, nos dice que:

antes de embarcarse para la Argentina, ya se la representaba como una enorme vaca con un millón de ubres rebosantes de leche, y cómo, a los pocos días de ambular por Buenos Aires, había comprendido que, a pesar de su apariencia de ciudad bombardeada, la pampa acababa de aproximarse al río para parirla.

La frase representa, con elocuencia, ciertas imágenes características de la escritura de Gironde: la vaca como emblema de la Nación, o la nación *encarnada* en la figura de la vaca, con todas las connotaciones de vitalismo que ello implica; la forma hiperbólica y disparatada de su figura (con un millón de ubres rebosantes de leche); al mismo tiempo, anticipa catafóricamente la representación del fantástico interlocutor con que se encontrará el personaje hacia el final del relato.

Pero si ésta es la visión que *Interlunio* propone del *lar*, del suelo propio, muy distinta es la que propone del territorio europeo. Porque cuando el personaje habla del viejo mundo, dice literalmente: “Europa es como yo (...) algo podrido y exquisito; un Camembert con ataxia locomotriz”. De manera que a la pureza y al vitalismo propios de lo nativo se oponen los rasgos de podredumbre y exquisitez que en Europa se combinan fatalmente, como si se tratase de un queso Camembert afectado por la imposibilidad de coordinar sus desplazamientos. La podredumbre europea, por otra parte, se vincula directamente con su carácter de reservorio de muertos, que imprimen sus caracteres al espacio del viejo mundo: allí, según el personaje,

... la tierra ya no da más. Es demasiado vieja. Está llena de muertos. Y lo que es peor aún, de muertos importantes. En vano se trata de eludirlos. Se tropieza con ellos en todas partes. No hay un umbral, un picaporte que no hayan desgastado. Se vive bajo los mismos techos donde vivieron y donde han muerto. Y por mucho que nos repugne –¡no queda otro remedio!– hay que repetir sus gestos, sus palabras, sus actitudes.

Si Europa se representa en el texto como un continente poblado de muertos que imponen sus gestos, sus palabras y sus actitudes sobre los vivos, en el espacio nativo, por el contrario, la tierra se muestra impoluta, libre de la corrupción que sobre ella impone la muerte en el ámbito europeo. Por eso, el personaje puede decir además que “aquí, en cambio, la tierra es limpia y sin arrugas. Ni un camposanto, ni una cruz. Se puede galopar una vida sin encontrar más muerte que la nuestra”. Igualmente, desde su perspectiva, la ciudad supone una vida no menos libre, por lo que agrega que la prefiere a las ciudades europeas, tan aca-

badas, tan perfectas, *que no consienten que se mueva una piedra*. Lo cual representa una constricción tan férrea que esas ciudades terminan siendo el lugar donde las tendencias más vitales quedan abolidas:

*Tarde o temprano terminan por colocarnos un chaleco de fuerza.
Imposible cometer un error de sintaxis, desperezarse, agarrar un florero y
hacerlo añicos contra el suelo.*

Así, la “racionalidad” de lo europeo se muestra como la negación de todo aquello que la vida y el arte solicitan y al mismo tiempo proponen, como es la transgresión de las normas socialmente impuestas del hablar y del comportarse, según un enunciado que hace corresponder la ruptura de la sintaxis con el destroz violento de un florero.

En el decurso de *Interlunio*, el relato va atravesando una serie de momentos en los que se despliega la relación establecida entre narrador y personaje. Por ello, una vez que se ha referido el origen del personaje y la serie de acontecimientos que lo han traído hasta Buenos Aires, el narrador cuenta lo que sucedió la última vez que se encontraron. Así, dice que el europeo se hallaba en un café, en donde entonces le narra una historia insólita y fantástica. Según esa historia, el personaje ha desarrollado una potencia perceptiva sobrenatural, que le permite ver y escuchar cosas que normalmente nadie podría percibir. Pero esa potencia, lejos de beneficiarlo, promueve en él grandes padecimientos: así, el personaje dice que los ruidos provenientes del exterior se alojan en su cuerpo, clavándole *sus dientes de laucha recién nacida al aglomerarse en su vientre*. De manera que esa situación excepcional se ha vuelto insostenible, por lo que una noche de exasperación decide salir a la calle.

Ya en la calle, aborda el primer tranvía que pasa y, si bien siente que el dolor puede hacer que su cabeza estalle en cualquier momento, la intensidad del padecimiento termina por recubrirlo de una indiferencia tan grande que, cuando el tranvía concluye su recorrido, se sorprende de encontrarse en los suburbios. De ese modo, el texto de *Interlunio* en sus sucesivas etapas va inscribiendo un singular itinerario, que conduce al personaje desde Europa hasta Buenos Aires, y desde el ámbito de la ciudad hasta el espacio del campo. Ello consiste, literalmente, en el movimiento inverso respecto del que relatan *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y *Calcomanías*, puesto que si en los dos primeros libros de Gironde se trataba de narrar el viaje que conducía desde Buenos Aires hacia Europa, ahora se narra un viaje en sentido contrario, que concluye allí donde se abre *la pampa*. Vuelta y retorno en y de la escritura, podría entonces decirse, a un territorio *seminal* signado por una pureza anterior (y exterior) respecto de la corrupción decadente del mundo europeo. La representación del campo –representación que, de una u otra manera, habrá de mantenerse a lo largo de *Persuasión de los días* y de forma notoria en *Campo Nuestro*– cobra así los rasgos canónicos del

paisaje y la escena bucólicos, con sus connotaciones de una pureza prístina y natural a la que se experimenta, fatalmente, en términos de paraíso perdido. Por ello, el personaje puede afirmar, refiriéndose a su encuentro con el campo:

¡Jamás experimentaré una plenitud semejante! A medida que mi cerebro se iba impregnando, como si fuese una esponja, de un silencio elemental y marítimo, saboreaba la noche, me nutría de ella, a pedacitos, sin condimentos, al natural, deleitado en disociar su gusto a lechuga, su carnosidad afelpada... el dejo picante de las estrellas.

Asimismo, cuenta que desde ese momento repite el itinerario durante un mes y medio, y aunque las salidas siguientes no son tan dichosas, puesto que teme que los seres de ese mundo campestre como los grillos y los sapos puedan agredirlo o burlarse de él, persiste en esas excursiones nocturnas con tal de escapar de la caja de resonancias en que se ha transformado su cuarto. Pero una noche magnífica acontece un hecho que lo obliga a abandonar esas travesías, cuyas circunstancias el personaje refiere de este modo:

En ninguna parte se encuentra un cielo tan rico en constelaciones. Al contemplarlo de esa manera todo lo demás desaparece, y por muy poco que nos absorbamos en él, se pierde hasta el menor contacto con la tierra. Es como si flotáramos, como si, reclinados en una proa, mirásemos unas aguas tan serenas que inmovilizan el reflejo de las estrellas.

145 {retamoso

La poeticidad del enunciado parece corresponderse con la naturaleza bucólica de su objeto. Sin embargo, el relato prosigue con un episodio antes que bucólico fantástico, y en el límite, absurdo: una voz pastosa pronuncia el nombre del personaje, y cuando éste busca a quien la profiere, se encuentra con una vaca. Increíblemente, es ella quien lo llama para reprocharle la vida que lleva actualmente, diciéndole:

¡Hubieras podido ser tan feliz!... Eres fino, eres inteligente y egoísta. ¿Pero qué has hecho durante toda tu vida? Engañar, engañar... ¡nada más que engañar!... Y ahora resulta lo de siempre; eres tú, el verdadero, el único engañado..., para concluir su reproche preguntándole: Pero, ¿te atreverías a negarlo?, nunca te has entregado. ¡Cuando pienso que prefieres cualquier cosa a encontrarte contigo mismo! ¿Cómo es posible que puedas soportar ese vacío?... ¿Por qué te empeñas en llenarlo de nada?...

Cuando la vaca concluye su discurso, el personaje se acerca a ella, quien después de mirarlo con unos ojos humedecidos de ternura y de limpiarse la boca refregándose contra la paleta saca el pescuezo por encima del alambrado y es-

tira los labios para besarlos. Quedan separados tan sólo por una estrecha zanja, mirándose en silencio, y entonces el personaje da un salto y echa a correr, porque en su interior se despierta la certidumbre de que la voz que había oído era la de su madre. En ese punto concluye el relato del personaje, quien confiesa al narrador lo siguiente:

Y lo peor es que la vaca, mi madre, tiene razón. Yo no soy, ni he sido nunca más que un corcho. Durante toda la vida he flotado, de aquí para allá, sin conocer otra cosa que la superficie. Incapaz de encariñarme con nada, siempre me aparté de los seres antes de aprender a quererlos. Y ahora es demasiado tarde. Ya me falta coraje para ponerme las zapatillas.

Si por una parte el sorpresivo recurso de hacer hablar a la vaca inscribe una dimensión de grotesco y absurdo en el enunciado del relato, por otra ello introducirá una evidente dimensión alegórica en su texto, en la medida en que la vaca se muestra como el símbolo mismo de lo nacional, que interpela, desde una posición más ética que política, a ese hombre europeo. La Patria y Europa, podría decirse, se *revelan* a través de sus figuras, para *dramatizar* los vínculos agonísticos que las ligan. Pero esa dramatización, en la escritura de Girondo, elude toda forma de solemnidad o gravedad, y por ello se manifiesta por medio de una situación irrisoria, cuyo sentido absurdo no puede menos que enunciarse con ese tono humorístico y paródico que se utiliza en el texto.

Si la escritura de *Interlunio* conserva, de ese modo, una tonalidad elocutiva que la asocia con el tono de los primeros libros de Girondo, en el caso de otros textos, situados dentro del espacio genérico del ensayo, se hallará otra entonación, signada por formas y modalidades enunciativas más graves o más serias. Así, en 1940, Oliverio Girondo publica un folleto intitulado *Nuestra actitud ante el desastre*, que comprendía tres textos: uno que le da título a la publicación, y dos artículos publicados en el diario *La Nación* durante 1937, “Nuestra actitud ante Europa” y “El mal del siglo”. En ellos, el paralelo entre América y Europa se plantea nuevamente en términos opositivos, según un conjunto de valoraciones que exaltan lo nativo en la misma medida en que recusan la actualidad europea.

De esos textos, *Nuestra actitud ante el desastre* se muestra como el más *abiertamente* político, ya que en él no se trata solamente de denunciar los males que aquejan al mundo contemporáneo sino además, y esencialmente, de proponer una especie de proyecto o programa político capaz de promover la autodeterminación y el desarrollo nacional. En ese texto, Girondo formula su diagnóstico acerca de la realidad argentina, al decir:

Desvinculado del continente, sin una trabazón íntima que lo unifique, el país no ha alcanzado su madurez, debido, más que nada, a una

poliquería ratonil y a una casta que, con escasas excepciones, se ha preocupado, principalmente, de entregarlo al extranjero.

La posición de Gironde, notoriamente, coincide con la de los autores que, por aquellos años, levantaban las banderas y la doctrina del nacionalismo en la Argentina, y parece recoger una serie de tópicos sumamente aceptados por la opinión pública de la época, como aquellos referidos a la entrega del patrimonio nacional que la dirigencia política habría practicado por aquel entonces. Al respecto, cabe recordar que ese tipo de apreciaciones había sido formulado, a principios de la década del treinta, por Raúl Scalabrini Ortiz (1991) en su célebre ensayo *El hombre que está solo y espera*, y había resonado, notablemente, en algunas de las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt (1990).

En consonancia con ello, el ensayo de Gironde manifiesta que:

mientras la economía del país se encuentre, en su mayor parte, en manos extranjeras y todos los servicios públicos no nos pertenezcan, resultará ilusorio defendernos del atropello exterior o erguimos ante cualquier amenaza de traición dentro del país.

Por tal razón, y ante semejante diagnóstico acerca del estado del país, el texto de Gironde propone una serie de medidas que constituyen un auténtico programa de gobierno: así, plantea que:

se nos enajenen, a largo plazo, y a su valor real, todas las empresas de interés público y que, poco a poco, adquiriésemos el control de ciertas fuentes de riqueza y de una parte del intercambio nacional.

Tales medidas se muestran, para Gironde, como muy apropiadas en esas circunstancias, por lo que también dice que “los pueblos de América parecen cada vez más dispuestos a abandonar su aislamiento suicida”. Según su reflexión, en todas partes van surgiendo grupos inconexos que pueden disentir en las teorías, pero que, en realidad,

sólo esperan al hombre capaz de convencerlos de que ha llegado la hora de olvidar toda preocupación extranjera para ocuparnos de nuestros problemas y ser, de una vez por todas, nada más que argentinos.

Resulta notable constatar el grado de coincidencia de la escritura de Gironde con el discurso nacionalista de la época y, aún más, cierta dimensión profética que le permite anunciar la llegada del hombre capaz de predicar el olvido de toda preocupación extranjera y la necesidad de ser argentinos de una vez por todas: como es sabido, el nacionalismo argentino encontraría esa figura mesiánica

pocos años después en el coronel Perón. De manera que *Nuestra actitud ante el desastre* es un texto donde Oliverio Gironde asume abiertamente la perspectiva del nacionalismo, al sostener un conjunto de proposiciones que caracterizan sus enunciaciones doctrinarias y políticas. En la misma perspectiva, pero con un sentido más especulativo o filosófico, Oliverio Gironde había publicado tres años antes *Nuestra actitud ante Europa*. En ese texto, al consignar la siniestra decadencia europea, se interroga acerca de la actitud que debe tomarse frente a ello: “¿Qué pensar y qué hacer ante este espectáculo pavoroso y desalentador? ¿Renegar de nuestra condición humana? ¿Tomar ciudadanía de vaca?” Porque a Gironde le preocupa no sólo la degradación de Europa, sino además, y especialmente, la adhesión que, respecto de ella, practican todos aquellos que niegan la existencia de una realidad americana, o que la admiten solamente como una posibilidad futura. Por eso dice que:

es inútil que empleen, todos los días, una fonética y una sintaxis que les pertenece, que vivan en una ciudad que posee un carácter propio y tengan actitudes que los diferencien de los otros hombres de la tierra,

dado que se resisten a admitir que América aporta un matiz inédito a la civilización occidental, y se hallan dispuestos a seguir viviendo de prestado. Del mismo modo, según Gironde tampoco se trata de cultivar “un criollismo de pacotilla, como el de los que se enfundan el chiripá y la bota de potro con tal de que los extranjeros los reconozcan”, como si hubiese que disfrazarse para ello o necesitáramos que nos descubran para convencernos de nuestra existencia. Apartado de tales extremos, Gironde propone en consecuencia que:

sin necesidad de entregarnos a un nacionalismo mezquino que contradiría la actitud de brazos abiertos que hemos tenido y debemos tener siempre, ni dejar de usufructuar lo que ella posee de entrañable y fecundo, es muy posible que haya llegado el momento de tender un cordón sanitario que nos proteja de los rencores que atormentan a Europa y que amenazan infectarnos.

Puede inferirse de lo anterior que el nacionalismo de Oliverio Gironde nada tiene que ver con las formas xenófobas y chauvinistas del nacionalismo dogmático, del que se distancia con lenguaje satírico. Por el contrario, el nacionalismo de Gironde supone siempre una admisión civilizada de *lo otro*, aunque ello implique, lógicamente, una radical evaluación crítica de la dimensión de otredad con que se enfrenta su escritura. En el contexto de sus realizaciones textuales, y más allá de lo que dicen al respecto sus ensayos, esa perspectiva ideológica, cultural y política se proyecta además en su obra poética, tal como lo revela la lectura de *Campo Nuestro*.

Publicado en 1946, una vez concluida la segunda guerra mundial, ese volumen compuesto por un único poema se lee como una suerte de plegaria dirigida a la pampa. Por ello, el desarrollo de su texto supone el despliegue de una estructura dialógica, que posibilita la *escenificación* del vínculo discursivo que une al yo lírico con el campo. De ambas figuras, es el yo quien asume el ejercicio del lenguaje, dado que el campo, en tanto que alocutario de sus enunciados, se revela como un otro silente y hermético.

De manera que el diálogo, en tanto actualización interlocutiva, se presenta en el límite como un diálogo imposible. De todos modos, el yo utiliza todas las formas enunciativas posibles –afirmaciones, preguntas, exclamaciones–, por lo que la elocución poética nunca deja de *dramatizar* la modalidad dialógica del discurso:

*¿No podrá ni mentarse tu presencia
sin que te duela, campo, la modestia?*

*Eres tan claro y limpio y sin dobleces
que el vuelo de una nube te ensombrece.*

*¡Hasta las sombras, campo, no dan nunca
ni el más leve traspies en tu llanura!*

149 {retamoso

Por otra parte, y para ser más precisos, debemos decir que el campo se revela como un interlocutor silencioso *en el presente del discurso*: en el pasado, por el contrario, le ha hablado al sujeto poético, en circunstancias que puntualmente refiere. Así, el yo relata, dirigiéndose al campo:

*Una tarde, en el mar, tú me llamaste,
pero en vez de tu escueta reciedumbre
pasaba ante la borda un campo equívoco
de andares voluptuosos y evasivos.*

*Me llamaste, otra vez, con voz de madre
y en tu silencio sólo hallé una vaca
junto a un charco de luna arrodillada;
arrodillada, campo, ante tu nada.*

Estas estrofas podrían interpretarse en clave autobiográfica, aunque en un sentido más específico pueden leerse como alusiones a otros libros de Oliverio Girondo. Porque la primera de ellas menta *el pasado de viajes* del sujeto, su experiencia nómada atravesando mares donde *ha oído* el llamado del campo, lo cual puede entenderse, obviamente, como una alusión a *Veinte poemas para ser*

leídos en el tranvía o a Calcomanías. De igual forma, la segunda estrofa manifiesta que otra vez el campo llamó al sujeto *con voz de madre*, aunque éste haya hallado en su silencio *sólo una vaca*. En este caso el texto remite claramente a *Interlunio*, y específicamente al episodio donde el personaje se encuentra con la vaca. Esa remisión queda refrendada, poco después, cuando el poema dice:

*“No eres más que una vaca –dije un día–
con un millón de ubres maternas”...
sin recordar –¡perdona!– que enarbolas
entre el lírico arranque de tus cuernos
un gran nido de hornero.*

dado que los dos primeros versos, destacados por el entrecorillado, pueden leerse tanto como una cita de algo ya dicho por el sujeto, o como una cita del texto de *Interlunio*, cuando dice:

*Es así cómo, antes de embarcarse para la Argentina, ya se la
representaba como una enorme vaca con un millón de ubres rebosantes
de leche...*

150 {texturas 2-2

De esa forma, el poema exhibe los vínculos intratextuales que lo ligan con ese otro libro de Girondo, en un juego donde los enunciados se desplazan no sólo desde un texto a otro, sino además desde un hablante a otro, como si se quisiera mostrar con ello la reversibilidad y el sentido de intercambio que cobran en el contexto de su escritura.

Las recurrencias enunciativas que vinculan a *Campo Nuestro* con *Interlunio* se reconocen, asimismo, cuando el poema dice:

*—¡Qué tierras sin aliento! –baluceabas.
Sólo produce muertos...
grandes muertos insomnes y locuaces
que en vez de reposar y ser olvido
desertan de sus tumbas, vociferan,
en cada encrucijada,
en cada piedra.
Los míos, por lo menos, son modestos.
No incomodan a nadie.*

ya que al oponer las tierras de Europa con las tierras de América –en una reproducción del paradigma trazado en *Interlunio*– el poema opone además los muertos que alojan cada una de ellas. Ello se corresponde, puntualmente, con ciertos enunciados de *Interlunio*, cuando se dice a propósito de Europa:

La tierra ya no da más. Es demasiado vieja. Está llena de muertos. Y lo que es peor aún, de muertos importantes. En vano se trata de eludirlos. Se tropieza con ellos en todas partes. No hay un umbral, un picaporte que no hayan desgastado...

○ cuando seguidamente se dice a propósito de América:

Aquí, en cambio, la tierra es limpia y sin arrugas. Ni un camposanto, ni una cruz. Se puede galopar una vida sin encontrar más muerte que la nuestra. Y si tropezamos, por casualidad, con un cadáver, es tan humilde que no molesta a nadie...

Hemos señalado más arriba que, si bien en la instancia presente del discurso el campo enmudece, el texto manifiesta que en otros momentos ha hablado. Podemos agregar ahora que esos momentos remiten claramente a *Interlunio*, por lo que podríamos sostener que el pretérito de la enunciación se proyecta en una doble dimensión: la del pasado del propio discurso y la del pasado de la escritura. Esa doble dimensión se constituye, así, en un registro singular que permite leer a *Campo Nuestro* en relación con otras zonas de la textualidad de Girondo, reconociendo todo un espacio de sentido donde la perspectiva del nacionalismo se revela.

Ello se reconoce, asimismo, cuando el sujeto lírico festeja ciertas manifestaciones del campo:

*Como ríen tus sapos, tus maizales,
con dientes de potrillo,
del candor con que todas tus ciudades,
no bien salen del horno,
ya ostentan capiteles, frontispicios,
y arquitrabes postizos.*

puesto que con estos versos comprendemos que la risa, o mejor, la sonrisa, puede ser una forma de la ironía, y que por ello el campo no deja de sonreír frente a esas ciudades cuya arquitectura delata la falsedad artificiosa de sus trazos. La sonrisa, en tal sentido, es también la figura donde se inscribe la distancia que ahora separa lo urbano de la mirada poética, como si fuese una marca que delimita los territorios de dos mundos antitéticos, inconciliables. De ese modo, la sonrisa proyecta sobre el texto los contornos de una topografía que es al mismo tiempo una topología: se trata no sólo de dos espacios físicos sino también de dos espacios históricos y morales donde el uno se lee, axiológicamente, como imagen invertida del otro.

Esos espacios, como es sabido, han sido atravesados por el sujeto, quien se ha desplazado desde el uno hacia el otro para volver finalmente al suelo patrio.

El poema relata entonces esos desplazamientos, al decir:

*Te llevé de la mano
hacia aldeas y rutas patinadas
por leyendas doradas;
pero tú sonreías, campo niño,
y yo junto contigo...
siempre, siempre contigo
campo recién nacido.*

De manera que el sujeto *ha llevado* al campo en sus viajes por el mundo, por el *viejo mundo*. Por ello, puede decirle a continuación:

*Tantos viejos modales resobados
y tanta historia
con tantas mezquindades,
desde la ausencia, campo, musitaban
tus ingenuos yuyales.*

En ese viaje, el campo señala y denuncia *musitando*, desde una ausencia que se transmuta en virtual presencia, la decadencia europea: *tantos viejos modales resobados, tanta historia con tantas mezquindades*. Nuevamente, se trata de los tópicos que había expuesto *Interlunio* y que ahora reproduce *Campo Nuestro*, para hacer de ambos textos la zona *más política* de la escritura de Girondo. Por tal razón, no resulta incorrecto afirmar que esos textos constituyen, junto con los ensayos escritos entre 1937 y 1940, una suerte de conjunto articulado a partir de posiciones de carácter nacionalista.

De todos modos, el nacionalismo de Girondo no puede pensarse sino como *una faceta más* de su heterogénea escritura. Si bien es cierto que esa faceta se intensifica entre 1937 y 1946 –período que comprende la publicación de *Interlunio*, los tres ensayos mentados precedentemente y *Campo Nuestro*–, ella no agota el sentido y el alcance de la escritura de Girondo. Porque aun en el contexto de una perspectiva y un discurso de tipo nacionalista, esa escritura no cesa de abordar cuestiones y sentidos que los exceden largamente: así como en *Interlunio* pueden reconocerse resonancias de una visión de tipo *existencialista*, en *Campo Nuestro* se encuentran resonancias similares, que conjugan la reflexión sobre la muerte con la reflexión acerca de *la nada*. Al mismo tiempo, nombrar la muerte, mentar la nada, implican una dimensión de religiosidad y trascendencia similar a la que irrumpe en la textualidad de uno de los libros más clásicos de Girondo, *Persuasión de los días*.

¿Oliverio Girondo, escritor nacionalista?... El recorrido aquí propuesto pretende exponer esa dimensión de un autor a quien la crítica generalmente ha

situado en el espacio del liberalismo, matizando esa colocación con rasgos vanguardistas que se pensaron siempre más como una provocación juvenil que como una posición radical o de genuina ruptura. Lo cierto es que la vertiente nacionalista está fuertemente presente en la literatura de Oliverio Girondo, como hemos intentado demostrarlo aquí. El hecho de que no sea un escritor *plenamente* nacionalista prueba simplemente –nos parece– la heterogeneidad fundante de su singular escritura.

Referencias bibliográficas

Arlt, R. (1990): "¿Quiere ser usted diputado?" en *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Losada.

Girondo, O. (1999): "Veinte poemas para ser leídos en el tranvía", "Calcomanías", "Interlunio", "Nuestra actitud ante el desastre", "Campo Nuestro" en *Obra Completa*. Edición Crítica. Raúl Antelo Coordinador. Madrid, ALLCA XX (Colección Archivos).

Scalabrini Ortiz, R. (1991): *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires, Plus Ultra.